



REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

DIARIO DE SESIONES DE LA ASAMBLEA GENERAL

TERCER PERÍODO DE LA XLVIII LEGISLATURA

4.ª SESIÓN

PRESIDE

EL SEÑOR RAÚL SENDIC
Presidente

ACTÚAN EN SECRETARÍA: HEBERT PAGUAS, VIRGINIA ORTIZ Y JUAN SPINOGLIO

SUMARIO

	Páginas		Páginas
1) Texto de la citación.....	22	– Por secretaría se da cuenta de las inasistencias registradas a las últimas convocatorias.	
2) Asistencia.....	22	5) Homenaje a la figura del escritor y político uruguayo José Enrique Rodó, con motivo de los cien años de su fallecimiento.....	25
3) Asuntos entrados.....	22	– Manifestaciones de varios señores legisladores.	
4) Inasistencias anteriores.....	25	6) Levantamiento de la sesión.....	39

1) TEXTO DE LA CITACIÓN

«Montevideo, 28 de abril de 2017

La ASAMBLEA GENERAL se reunirá en sesión especial y extraordinaria el próximo martes 2 de mayo, a las 14:00, a fin de honrar la figura del escritor y político uruguayo José Enrique Rodó, con motivo de los cien años de su fallecimiento.

Virginia Ortiz
Secretaria

José Pedro Montero
Secretario».

2) ASISTENCIA

ASISTEN: los señores senadores Verónica Alonso, Carol Aviaga, Patricia Ayala, Daniel Bianchi, Guillermo Besozzi, Carlos Camy, Marcos Carámbula, Leonardo de León, Álvaro Delgado, Cecilia Eguiluz, Javier García, Daniel Garín, Eva Gomori, Luis Alberto Heber, Luis Lacalle Pou, Rubén Martínez Huelmo, Rafael Michelini, Pablo Mieres, Constanza Moreira, Marcos Otheguy, Ivonne Passada, Viviana Pesce, Enrique Pintado, Jorge Saravia, Lucía Topolansky, Daisy Tourné y Mónica Xavier; y los señores representantes Pablo Abdala, Fernando Amado, Gerardo Amarilla, Sebastián Andújar, Saúl Aristimuño, Elisabeth Arrieta, Alfredo Asti, Mario Ayala, Ruben Bacigalupe, Gabriela Barreiro, Julio Battistoni, Graciela Bianchi, Cecilia Bottino, Betiana Britos, Daniel Caggiani, Felipe Carballo, Roberto Chiazaro, Catalina Correa, Álvaro Dastugue, Walter de León, Darcy de los Santos, Oscar de los Santos, Wilson Ezquerro, Guillermo Facello, Alfredo Fratti, Lilián Galán, Luis Gallo Cantera, Jorge Gandini, Macarena Gelman, Pablo González, Rodrigo Goñi, Oscar Groba, Benjamín Irazábal, Omar Lafuf, Nelson Larzábal, Martín Lema, José Carlos Mahía, Enzo Malán, Graciela Matiaude, Constante Mendiondo, Jorge Meroni, Sergio Mier, Egardo Mier, Orquídea Minetti, Susana Montaner, Gonzalo Mujica, Manuela Mutti, Amín Niffouri, Gonzalo Novales, Gerardo Núñez, Juan José Olaizola, Nicolás Olivera, Ope Pasquet, Mariela Pelegrín, Gustavo Penadés, Daniel Peña, Susana Pereyra, Darío Pérez, Iván Posada, Jorge Pozzi, Luis Puig, José Querejeta, Daniel Radío, Valentina Rapela, Nibia Reisch, Carlos Reutor, Silvio Ríos, Carlos Rodríguez, César Rodríguez, Conrado Rodríguez, Edgardo Rodríguez, Gloria Rodríguez, Lucía Rodríguez, Edmundo Roselli, Eduardo José Rubio, Juan Federico Ruiz, Sebastián Sabini, Alejandro Sánchez, Mercedes Santalla, Enrique Sención, Washington Silvera, Heriberto Sosa, Martín Tierno, Jaime Trobo, Alejo Umpiérrez, Javier Umpiérrez, Carlos Varela Nestier, Walter Verri, Stella Viel, Tabaré Viera y José Franciso Yurramendi.

FALTAN: con licencia, los señores senadores **Pedro Bordaberry, José Carlos Cardoso, Germán Coutinho y Daniela Payssé**, y los señores representantes **Armando Castaingdebat, Mario García, Alberto Perdomo, Daniel Placeres y Berta Sanseverino**; con aviso: los señores senadores **José Amorín Batlle y Jorge Larrañaga**, y los señores representantes **José Andrés Arocena, Germán Cardoso, Gonzalo Civila, Pablo Iturralde, Adrián Peña y Nelson Rodríguez**; y sin aviso, el señor senador **José Mujica** y el señor representante **Ricardo Berois**.

3) ASUNTOS ENTRADOS

SEÑOR PRESIDENTE.- Habiendo número, está abierta la sesión.

(Son las 14:18).

—Dese cuenta de los asuntos entrados.

(Se da de los siguientes).

SEÑORA SECRETARIA (Virginia Ortiz).- «El Poder Ejecutivo remite los siguientes mensajes:

- en cumplimiento de lo establecido por el artículo 4.º de la Ley n.º 19355, de 19 de diciembre de 2015, del Presupuesto nacional 2015-2019, dando cuenta de errores y omisiones detectados, con sus correspondientes correcciones, en los artículos 319 y 320, correspondiente al Ministerio de Ganadería, Agricultura y Pesca;

—A LA COMISIÓN DE HACIENDA Y PRESUPUESTO.

- De conformidad con lo establecido en el artículo 14 de la Ley n.º 15848, de 22 de diciembre de 1986, el literal G) del artículo 9.º de la Ley n.º 18650, de 19 de febrero de 2010, y Ley n.º 19188, de 7 de enero de 2014, los siguientes mensajes, adjuntando los planes de estudio:

- de los Institutos del Sistema de Enseñanza del Ejército nacional;

- de los Institutos del Sistema de Enseñanza de la Fuerza Aérea Uruguaya;

- de los Institutos del Sistema de Enseñanza de la Armada nacional.

—A LA COMISIÓN DE DEFENSA NACIONAL.

Asimismo, remite copia de los siguientes decretos:

- por el que se fijan, a partir del 1.º de abril de 2017, los coeficientes para determinar el pago de los haberes y partidas complementarias a que tengan derecho los funcionarios del Servicio Exterior y las partidas de Gastos de Etiqueta correspondientes a las misiones diplomáticas.

- relacionado con el Presupuesto Operativo de Operaciones Financieras y de Inversiones de la Administración de Ferrocarriles del Estado, correspondiente al ejercicio 2017;

- relacionado con el Presupuesto Operativo de Operaciones Financieras y de Inversiones de las Primeras Líneas Uruguayas de Navegación Aérea, correspondiente al ejercicio 2017.

El Ministerio de Economía y Finanzas remite copia de las siguientes resoluciones:

- por la que se autoriza a la Administración Nacional de Combustibles, Alcohol y Portland, en nombre de su empresa subsidiaria Alcoholes del Uruguay Sociedad Anónima, a renovar su línea de crédito con el Banco Santander Sociedad Anónima;

- por la que se autoriza a la Administración Nacional de Combustibles, Alcohol y Portland, a contraer un nuevo endeudamiento financiero con el Banco Santander Sociedad Anónima;

- por la que se aprueba el proyecto de Acuerdo de Anticipo de Preparación a celebrarse entre la República Oriental del Uruguay y el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, destinado a financiar las actividades preparatorias del proyecto de mejora de los servicios a través del gobierno electrónico;

- por la que se aprueban los proyectos de *Acuerdo de otorgamiento de línea de crédito condicional para Proyectos de Inversión y de Contrato de Préstamo*, a celebrarse entre la República Oriental del Uruguay y el Banco Interamericano de Desarrollo, destinados a los Programas para el Desarrollo Nacional del Turismo y de Desarrollo de Corredores Turísticos;

- por las que se autorizan varias trasposiciones de créditos.

El Ministerio de Educación y Cultura remite copia de las siguientes resoluciones:

- relacionadas con homologaciones y autorizaciones de trasposiciones de créditos;

- por la que se determina el día 14 de marzo como fecha conmemorativa de la y del ex preso político;

- del Consejo Directivo Central de la Administración Nacional de Educación Pública, relacionadas con varias trasposiciones de créditos.

El Ministerio de Vivienda, Ordenamiento Territorial y Medio Ambiente remite copia de una resolución por la que se autoriza una trasposición de créditos del Programa de Rehabilitación y Consolidación Urbano Habitacional al

Programa de Gestión Ambiental y Ordenación del Territorio.

El Ministerio de Transporte y Obras Públicas remite copia de varias resoluciones por las que se autorizan varias trasposiciones de créditos.

El Ministerio del Interior remite copia de una resolución por la que se fijan los valores convertidos a unidades indexadas de las tasas y multas que percibe dicho ministerio.

La Suprema Corte de Justicia remite copia de las siguientes acordadas:

- referente a la reorganización de los territorios jurisdiccionales de los departamentos de Cerro Largo, Durazno y Tacuarembó;

- referente a la creación del Juzgado Letrado de Primera Instancia de Atlántida de tercer turno.

El señor legislador Pedro Bordaberry, al amparo de lo dispuesto en el artículo 106 del Reglamento de la Asamblea General, presenta un proyecto de resolución por el que se crea una Comisión Bicameral de Biblioteca, compuesta por tres senadores y tres diputados, con el objetivo de apoyar a la Biblioteca del Palacio Legislativo en diversos temas y actividades.

–TÉNGANSE PRESENTES».

(Continúa la lectura de los asuntos entrados).

SEÑOR SECRETARIO (Hebert Paguas).- «La Fiscalía General de la Nación remite copia de las siguientes resoluciones:

- por la que se crea, en la estructura orgánica de la Fiscalía General de la Nación, el Departamento de Procesos;

- por la que se establecen distribuciones presupuestales;

- por la que se autoriza la transformación de cargos vacantes en un cargo de asesor I Psicología y en otro de asesor I Trabajo social.

El Instituto del Niño y Adolescente del Uruguay remite copia de las siguientes resoluciones:

- por las que se disponen varias trasposiciones de créditos;

- por las que se transforman en la estructura de cargos y funciones contratadas del instituto, funciones contratadas en cargos presupuestados;

- por las que se crean dentro de la estructura de cargos y funciones contratadas del instituto;

– el cargo de Profesional III, serie ingeniero en Informática, escalafón A, grado 09;

– el cargo de Profesional V, serie Evaluación y Monitoreo, escalafón A, grado 07;

– la función contratada de Profesional II, serie Sociólogo, escalafón A, grado 09.

La Universidad de la República remite nota por la que comunica la distribución de su presupuesto para el ejercicio 2017, de conformidad con lo dispuesto por el artículo 566 de la Ley n.º 19355, de 19 de diciembre de 2015, Presupuesto nacional para el período 2015-2019.

El Consejo de Educación Secundaria remite copia de varias resoluciones por las que se disponen trasposiciones de créditos financieros.

El Congreso de Intendentes remite nota por la que se comunica que aprobó una declaración manifestando su preocupación por el posible cierre de sucursales bancarias en el interior del país.

La Junta Departamental de San José remite nota en la que se transcribe una moción por la que se solicita al Parlamento la aprobación, a la brevedad, de la ley integral para garantizar a las mujeres una vida libre de violencia.

La Junta Departamental de Flores remite copia de la versión taquigráfica de las palabras pronunciadas por el señor edil Claudio Aguilar, relacionadas con el reclamo salarial presentado por 850 funcionarios judiciales.

El doctor Siegbert Rippe comunica que presentó renuncia a su cargo de presidente del Tribunal de Cuentas, la cual se hizo efectiva el 31 de marzo próximo pasado.

–TÉNGANSE PRESENTES.

La Institución Nacional de Derechos Humanos y Defensoría del Pueblo, de conformidad con lo dispuesto por el artículo 68 de la Ley n.º 18446, de 24 de diciembre de 2008, remite el Informe Anual correspondiente al año 2016.

–REPÁRTASE.

El Tribunal de Cuentas remite oficios transcribiendo varias resoluciones relacionadas con los siguientes organismos:

- Administración de las Obras Sanitarias del Estado;
- Administración de los Servicios de Salud del Estado (Región Este, Región Norte, Región Litoral Norte, Región Litoral Oeste);
- Administración Nacional de Combustibles, Alcohol y Portland;

- Administración Nacional de Correos;
- Administración Nacional de Educación Pública (Consejo Directivo Central, Consejo de Educación Inicial y Primaria, Consejo de Educación Secundaria);
- Administración Nacional de Puertos;
- Administración Nacional de Telecomunicaciones;
- Administración Nacional de Usinas y Trasmisiones Eléctricas;
- Agencia para el Desarrollo del Gobierno de Gestión Electrónica y la Sociedad de la Información y del Conocimiento;
- Banco de Seguros del Estado;
- Cámara de Representantes;
- Cámara de Senadores;
- Comisión Administrativa del Poder Legislativo;
- Consejo de Educación Inicial y Primaria;
- Facultad de Psicología;
- Instituto Escuela Nacional de Bellas Artes;
- Instituto Nacional de Colonización;
- Intendencia de Montevideo;
- Ministerio de Defensa Nacional;
- Ministerio de Desarrollo Social;
- Ministerio de Economía y Finanzas;
- Ministerio de Educación y Cultura;
- Ministerio de Ganadería, Agricultura y Pesca;
- Ministerio del Interior;
- Ministerio de Salud Pública;
- Ministerio de Trabajo y Seguridad Social;
- Ministerio de Transporte y Obras Públicas;
- Ministerio de Vivienda, Ordenamiento Territorial y Medio Ambiente;
- Municipio de Nueva Palmira;
- Poder Judicial;

- Presidencia de la República;
- Primeras Líneas Uruguayas de Navegación Aérea;

- Universidad de la República - Cenur Litoral Norte.

–TÉNGANSE PRESENTES. LOS OFICIOS SE ENCUENTRAN PUBLICADOS EN LA PÁGINA WEB DEL PARLAMENTO. LA INFORMACIÓN COMPLETA SE ENCUENTRA A DISPOSICIÓN DE LOS SEÑORES LEGISLADORES EN LA SECRETARÍA DE LA ASAMBLEA GENERAL».

4) INASISTENCIAS ANTERIORES

SEÑOR PRESIDENTE.- Dando cumplimiento a lo que establece el artículo 29 del Reglamento de la Asamblea General, dese cuenta de las inasistencias a las anteriores convocatorias.

(Se da de las siguientes).

SEÑOR SECRETARIO (Hebert Paguas).- A la sesión extraordinaria del día 14 de marzo faltaron con aviso los señores legisladores José Amorín y Marcos Otheguy.

A la sesión de la Comisión de Constitución y Legislación del 13 de marzo faltó con aviso el señor legislador Alejo Umpiérrez.

A la sesión de la Comisión Especial para el Seguimiento de la Situación Carcelaria del día 23 de marzo faltaron con aviso los señores legisladores Germán Cardoso, José Carlos Cardoso, Luis Gallo, Macarena Gelman y Walter Verri.

5) HOMENAJE A LA FIGURA DEL ESCRITOR Y POLÍTICO URUGUAYO JOSÉ ENRIQUE RODÓ, CON MOTIVO DE LOS CIEN AÑOS DE SU FALLECIMIENTO

SEÑOR PRESIDENTE.- Señoras y señores: la Asamblea General ingresa a la consideración del orden de día.

Nos hemos dado cita, en esta sesión especial y extraordinaria, a fin de honrar la figura del escritor y político uruguayo José Enrique Rodó, con motivo de los cien años de su fallecimiento.

Quiero agradecer especialmente la presencia en sala y en las barras del señor expresidente de la república, doctor Julio María Sanguinetti; de la señora subsecretaria de Educación y Cultura, magíster Edith Moraes; de integrantes de la Sociedad Rodoniana –que nos acompañan desde el palco–; de señores miembros de las Fuerzas Armadas, y también de representantes del cuerpo diplomático que asisten en el día de hoy.

Para comenzar el homenaje, tiene la palabra el señor legislador Michelini.

SEÑOR MICHELINI.- Señor presidente: «El trabajador aislado es instrumento de fines ajenos; el trabajador asociado, es dueño y señor de su destino». Con esta frase quería empezar. Son palabras de José Enrique Rodó, uno de sus tantos conceptos históricos, contruidos en un tiempo en que todo estaba para hacer.

Señor presidente, señores miembros de la Asamblea General y público que nos acompaña: al cumplirse ayer los cien años de la muerte de esta figura inmensa, hacemos muy bien en homenajearla.

¡Vaya paradoja! Él, que tanto hizo por los trabajadores, murió un 1.º de Mayo.

Con la mencionada frase empezó su oratoria, en el día de ayer, el dirigente sindical del PIT-CNT Gabriel Molina. Es la misma frase que figura en la cartelera y en cada papeleta de afiliación a Sutel, sindicato que agrupa a los funcionarios de Antel. Esa frase de Rodó siempre los unió, siempre los acompañó; ellos saben que fueron dichas por un grande entre los grandes de las figuras latinoamericanas.

Uruguayo, profesor, intelectual, político y periodista, murió en soledad, en el sur de Italia, en una situación económica precaria y como corresponsal de *La Nación* y de la revista *Caras y Caretas* de la República Argentina.

¡Vaya si estamos en deuda con Rodó! ¡Vaya si es merecido este homenaje!

Cuando Dari Mendiondo me comentó, el año pasado, que se cumplían los cien años del fallecimiento de Rodó, me puse a revisar sus textos y lo redescubrí, ya no con los ojos de niño o de estudiante, sino con los ojos de este siglo XXI, de Internet, de teléfonos celulares, de viajes espaciales y de robótica, y me di cuenta de que su pensamiento tiene plena vigencia hoy.

Con Dari nos entrevistamos con los integrantes de la Sociedad Rodoniana y empezamos a soñar con un gran 2017 de recordación a Rodó. Se conformó la comisión de la Asamblea General, a la que sumamos a todos los organismos del Estado que querían aportar, así como también a organizaciones de la sociedad civil. Los miembros de dicha comisión, que presido, estamos orgullosos de los pasos dados.

José Enrique Rodó Piñeyro nace un 15 de julio de 1871, en Montevideo, y muere en Italia, en la ciudad de Palermo, un 1.º de Mayo de 1917.

Con esto no decimos nada de lo que significa Rodó ni de sus cuarenta y cinco años, tan intensos, de creación literaria. No decimos nada, señor presidente, de su anti-

imperialismo —quizás deberíamos decir de su antiyanquismo, para ser más precisos—, no desde una perspectiva economicista, sino más bien desde un punto de vista de defensa de la cultura española, en general, o grecolatina, en particular, frente a la expansión de la cultura anglosajona de América del Norte de aquellos tiempos.

No es casualidad que a los premios de cine de México los hayan denominado Ariel. México, a través del cine, quiso reafirmar su cultura y su idioma —que también es el nuestro— y nada como el *Ariel*, su obra más reconocida, simboliza los ideales de una cultura latinoamericana.

Rodó nació en un hogar próspero para la época y cursó sus primeros años en el colegio Elbio Fernández, pero tuvo que ponerse a trabajar ante la muerte de su padre, cuando solo tenía catorce años, para ayudar a mantener a su familia.

Fue un alumno precoz, inquieto y estudioso, y ya adolescente se apasionó por la literatura y la historia, mostrando un afán por relatar y escribir sus vivencias. Estas inclinaciones literarias ya se manifestaron siendo alumno de secundaria. Con su compañero de estudios, Milo Beretta, crearon un periódico estudiantil cuyo nombre era *Los primeros albores*, que mostraba al intelectual emergente que había en él.

Ya a los veintidós años escribió *El que vendrá y La novela nueva*, impresos y divulgados por la publicación denominada *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*. En ese entonces, a Rodó, a Carlos y Daniel Martínez Vigil y a Víctor Pérez Petit, por su juventud, audacia y osadía, y además por haber fundado esa revista, se los apodaba *D'Artagnan y los tres mosqueteros*. Rodó, todavía muy joven, ya estaba haciendo historia.

Su pasión por escribir lo acompañó toda la vida, desde joven; y siendo catedrático interino de Literatura de la Universidad de la República, diputado por el Partido Colorado o cuando vivió en el exterior, nunca dejó de escribir, señor presidente. Escribió en plenas revoluciones blancas y en períodos de paz; escribió siempre, hasta el último día de su vida: artículos, poemas, novelas, proyectos de ley, mociones y tantas y tantas escrituras más, que por razones de tiempo no voy a enumerar. Solo para poner un ejemplo, señalo que la recopilación de su trabajo parlamentario —que hizo el Senado de la república como homenaje a los cien años de su nacimiento— llevó más de 950 páginas. Dicha publicación lleva la firma de senadores tan destacados como Wilson Ferreira Aldunate, Amílcar Vasconcellos, Mario Heber, Dardo Ortiz, Héctor Grauert, Agustín Caputi, Washington Beltrán, Jaime Montaner, Enrique Rodríguez, Juan Pablo Terra y Zelmar Michelini, entre otros.

Rodó, hombre de dos siglos, llevó en su alma y en su pluma la responsabilidad de construir el despertar, junto a Rubén Darío, del modernismo en la literatura. Estimuló la búsqueda de los nuevos horizontes, tal como escribiera en

sus obras *La novela nueva y El arte nuevo*; como él diría, ello ha de ser «nacido de esas mismas aguas acerbadas, ha de ser la espuma que corone la ola».

Rodó afirmaba que «[...] la “juventud de los pueblos” es algo más que una expresión vacía de sentido íntimo, [...], y que trascendiendo a todas las cosas del espíritu, debe mostrarse también en el carácter de una literatura», y actuó en consecuencia de lo que había escrito.

Rodó es, en síntesis, una superación de la herencia cultural de la antigua Hélade, del ágora, con sus dramas, comedias y tragedias.

En *Ariel* se muestra la inspiración shakespeariana y en sus evocaciones, a lo largo de sus obras, tampoco están ausentes Ibsen, Taine, Tolstoi, Honoré de Balzac, Zola, Cervantes y los autores del Siglo de Oro, así como Dumas, Schiller, Goethe, Mitre, Lugones y otros gigantes del mundo literario.

Ante los rumores de que él competía con Rubén Darío, Rodó expresó lo siguiente: «De mis conversaciones con el poeta he obtenido la confirmación de que su pensamiento está mucho más fielmente en mí que en casi todos los que le invocan por credo a cada paso. Yo tengo la seguridad de que, ahondando un poco más bajo nuestros pensares, nos reconoceríamos buenos camaradas de ideas. Yo soy un modernista también; yo pertenezco con toda mi alma a la gran reacción que da carácter y sentido a la evolución del pensamiento en las postrimerías de este siglo». También evocaba su poesía «como la de los príncipes que en el cuento oriental traen de remotos países la fuente que da oro, el pájaro que habla y el árbol que canta...». La frase hacía referencia a uno de los tantos cuentos de *Las mil y una noches*, aquel que trataba de la búsqueda de la verdad.

Rodó era un polemista brillante y se enfrentó entonces con adversarios de fuste a través de diálogos, polémicas y enfrentamientos verbales durísimos, producto de la época. Nació a la vida política con Lindolfo Cuestas, y cuando este da el golpe de Estado, corta con él y lo enfrenta públicamente. Fiel defensor de la democracia, se embandera en el ala progresista del Partido Colorado y sale diputado en 1902, con treinta y un años. Ya diputado, la suerte estaba echada con respecto a un enfrentamiento con Batlle.

Pero la polémica más destacada se dio cuando se presentó el proyecto del doctor Lagarmilla para descolgar los crucifijos de los hospitales, que fue tan intensa que derivó después en el libro *Liberalismo y jacobinismo*. Fue un intercambio de artículos periodísticos muy duros con el doctor Pedro Díaz, pero lo llamativo era que esa puja se daba entre dos diputados no religiosos, dos laicos que se identificaban como amantes de la libertad. Uno de ellos, Pedro Díaz, fundamentaba que los crucifijos representaban la imagen de la iglesia, sus políticas conservadoras y todo lo que ello conlleva, exigiendo que los enfermos no tuvieran ningún símbolo o crucifijo en sus camas o, en su

defecto, que tuvieran la libertad de que cada uno llevara el suyo. Rodó, por el contrario, argumentaba que la imagen de Cristo en la cruz nada tenía que ver con la Iglesia, que representaba el sacrificio del Cristo hombre, no del Cristo religioso, y que Cristo era el padre de la caridad piadosa. Por cierto –decía Rodó–, Cristo fue el primero en incorporar el concepto de caridad para la humanidad y lo llevó adelante hasta con su propia muerte.

Por estas razones, Rodó, un laico que defendía al Cristo hombre, caritativo y piadoso, afirmaba que como los hospitales públicos eran en sí mismos las Casas de la Caridad Humana –así, con mayúsculas–, no se podían sacar de allí esas imágenes del Cristo hombre, padre de la caridad, como tampoco se podía sacar de un aula de filosofía la figura de Sócrates, por más que se discrepara con él.

No eran tiempos de medias palabras. Rodó vivió en una época en que los conflictos se dilucidaban a través de las armas, y las discusiones y las polémicas eran tanto o más duras que los enfrentamientos armados, ya que muchas de ellas terminaban en sangrientos duelos, como el que le costó la vida al diputado Washington Beltrán en 1920.

En más de una ocasión Rodó se enfrentó duramente a José Batlle y Ordóñez. Todos recordarán el tema de la reforma constitucional –tan sentida por Batlle– que se dio a principios del siglo pasado y por ello no voy a abundar en detalles, pero hay otros episodios no tan conocidos.

Quisiera acotar que no era fácil polemizar con Batlle. A modo de ejemplo puedo decir que Batlle escribía editoriales –un día sí y otro también–, en su diario *El Día*, defenestrando a la Iglesia, con la palabra «dios» en minúscula, en forma radical y sin dar tregua en la defensa de sus ideas. Lo dice alguien que quizás –y sin quizás–, si hubiera vivido en aquel tiempo, se habría deslumbrado con la personalidad del *Pepe* Batlle, pero que reconoce las virtudes y sombras de cada hombre en su tiempo, de las cuales no estamos ajenos nosotros.

El 6 de agosto de 1912 muere Julio Herrera y Obes. Por diferentes situaciones, Batlle y Rodó habían tenido enfrentamientos, cada uno por su lado, con esta figura política.

Julio Herrera y Obes, toda una personalidad pública, fue el primer presidente uruguayo que tuvo el honor de no pasar por ninguna intentona militar o golpe de Estado en su mandato. Ante su muerte, el Poder Legislativo vota una ley de honores fúnebres, y Batlle, que era el presidente en ese momento, veta dicha iniciativa. Todo esto sucedía mientras transcurría el velatorio del propio Julio Herrera y Obes. Finalmente, el veto fue levantado por la Asamblea General luego de una fuerte intervención de Rodó quien, a pesar de haberse enfrentado a Julio Herrera y Obes –lo reitero–, frente a su muerte expresó: «Es el sentimiento de respeto por las grandes personalidades que, cualesquiera

que sean sus deficiencias y sus sombras, honran en definitiva la nacionalidad».

En estos enfrentamientos, quizás, esté la respuesta a por qué Rodó permaneció muchos años en el olvido del escenario político. Fue alguien que se enfrentó a los blancos, por momentos se enfrentó a la Iglesia, se enfrentó a Batlle y Ordóñez, y a muchos más. ¡Por supuesto que debieron pasar años hasta que el mundo político volviera a reivindicarlo!

Mientras tanto, en las artes, en la literatura, en el teatro, en la formación académica, Rodó brillaba en nuestro país y, sobre todo, deslumbraba fuera de fronteras.

Muchas de estas vicisitudes y experiencias de vida las sabemos por el propio Rodó, quien mantenía una correspondencia muy franca y fructífera. ¡Por suerte, mucho de ese material aún se conserva! Las cartas que él le enviaba a su amigo, Juan Francisco Piquet, son muy ilustrativas del tiempo político que se vivía, pero no eran las únicas. También Horacio Quiroga, Rubén Darío y Miguel de Unamuno, entre otros, dan cuenta de la vida epistolar que tenía Rodó.

La semilla sembrada por Rodó –el *maestro de juventudes*, como se le llamaba– dio brotes enseguida entre los jóvenes del continente. La reforma universitaria de Córdoba llevada adelante por los estudiantes y su histórico manifiesto de 1918 –ya fallecido Rodó– tienen al ideario de Rodó entre sus fuentes de inspiración más importantes.

Casi al final de su vida, Rodó estuvo en Europa y allí descubrió que en Cataluña, de donde provenían sus ancestros, su apellido se pronunciaba Rudó.

En Roma, el 31 diciembre de 1916, elaboró *Al concluir el año*, lo que para algunos fuera su testamento, ya que lo redactó algunos meses antes de su muerte. Es ahí donde lanza su último llamado a construir la «América nuestra» mediante «la aproximación de las inteligencias y la armonía de las voluntades».

Rodó es hijo de una época fermental, de afirmación de la identidad nacional y americana, de grandes intercambios de ideas en el Ateneo de Montevideo, así como en la prensa de aquel entonces. Eran tiempos de desafíos, de afirmar una literatura nacional autóctona incluida en el universo cultural heredado de la literatura grecolatina, renacentista y romántica europea.

Para finalizar, quisiera decir que hoy homenajeamos a José Enrique Rodó y, con él, al Rodó periodista, al Rodó escritor, al Rodó profesor de Literatura, al Rodó intelectual, al Rodó político. Pero si de tantas facetas tuviera que elegir una –solo una–, me quedaría con el Rodó humanista, aquel que luchó por el bienestar de la mujer y los niños, con proyectos de ley presentados en este Parlamento, cuando todavía se reunía en el Cabildo; aquel que creyó en

la caridad para los enfermos; aquel que fue misericordioso con los que fallecían, aunque fueran sus adversarios; aquel benévolo con sus detractores.

Hay una frase del esclavo griego Terencio que ha trascendido los tiempos, a la que también se refiriera Karl Marx, en otra época, ante las preguntas de su hija Jenny, y que luego Rodó destacara en un diálogo de uno de sus libros, haciéndola suya, y que me atrevo a decir que define a José Enrique Rodó de pies a cabeza: «Hombre soy; nada de lo humano me es ajeno».

Ese era Rodó y con emoción lo recordamos.

Muchas gracias.

(Aplausos en la sala y en la barra).

SEÑOR PRESIDENTE.- Continuando con el homenaje, tiene la palabra el señor legislador Delgado.

SEÑOR DELGADO.- En primer lugar, quiero saludar al expresidente Sanguinetti, a la señora subsecretaria de Salud Pública y a los miembros de la Sociedad Rodoniana que nos acompañan. En nombre del Partido Nacional, voy a hacer una brevísima reseña para adherir a este justo homenaje por los cien años del fallecimiento de José Enrique Rodó. Después, la señora diputada Graciela Bianchi va a profundizar en la prosa y en el pensamiento rodoniano.

Como bien decía el señor senador Michelini, Rodó nació el 15 de julio de 1871. Creció durante la dictadura de Latorre en la calle Treinta y Tres, arropado en el seno de una próspera y numerosa familia de tradición liberal que ya contaba con seis hijos. Su madre, doña Rosario Piñeyro y Llamas, pertenecía a una familia patricia del Uruguay establecida en la Banda Oriental desde la época colonial y su padre, José Rodó Janer, aunque había nacido en Tarra-sa, Barcelona, llevaba unos treinta años en el país después de haber pasado un tiempo en Cuba.

Rodó vino al mundo en la época hostil. Aquel tiempo estaba marcado por la Guerra Civil; en aquel momento se vivía la Revolución de las Lanzas, de Timoteo Aparicio contra el gobierno de Lorenzo Batlle. Sin embargo, en la casa de Rodó se apostó por la cultura. Los libros siempre rodearon a los siete hermanos y la educación fue la principal preocupación de sus padres.

Rodó aprendió a leer a los cuatro años con la ayuda de su hermana y desde entonces fue un apasionado lector. Inició sus estudios en la escuela y liceo Elbio Fernández de Montevideo, donde ingresó en 1882, y se interesó principalmente por materias como Historia y Literatura. Al año siguiente pasó a un colegio oficial, debido a los problemas económicos de su familia por algunos fracasos en los negocios de su padre. Comenzó a trabajar a los catorce años, luego del fallecimiento de su padre y no llegó a concluir sus estudios universitarios, aunque en 1898, gracias a

su fama de escritor y de pensador, fue nombrado profesor de Literatura de la entonces Universidad de Montevideo, hoy Universidad de la República.

Perteneció a la famosa generación del 900 junto a otras renombradas personalidades de nuestro país, como Javier de Viana, Carlos Reyles, Horacio Quiroga, Carlos Vaz Ferreira, Florencio Sánchez, María Eugenia Vaz Ferreira, Julio Herrera y Reissig y Delmira Agustini, que tanto han aportado al pensamiento y a la cultura de la sociedad uruguaya.

En el ajetreado año 1897 se incorporó a la vida política y a la universidad. Formó parte de la Juventud del Partido Colorado bajo la influencia de José Batlle y Ordóñez y desde 1902 ocupó el cargo de diputado por Montevideo durante tres períodos. Murió en el olvido, en un hotel de Palermo, Sicilia, un 1.º de Mayo de 1917, cuando trabajaba como corresponsal de la revista argentina *Caras y Caretas*. Sus restos fueron trasladados a Montevideo en 1920.

Su tersa prosa y su agudo pensamiento han influido en varias generaciones de toda América. Fue creador del arielismo, corriente ideológica basada en un aprecio de la tradición grecolatina. Podemos reseñar algunas de sus obras más importantes: *La novela nueva* y *El que vendrá*, de 1897; *Rubén Darío*, de 1899; *Ariel*, de 1900; *Liberalismo y Jacobinismo*, de 1906; *Motivos de Proteo*, de 1909; *El mirador de Próspero*, de 1913; *El camino de Paros*, de 1918; *Rubén Darío 2*, de 1920; *Epistolario*, de 1921; *Nuevos motivos de Proteo*, de 1927 y *Últimos motivos de Proteo*, de 1932.

La personalidad de Rodó, su pensamiento y su labor intelectual tuvieron significación histórica y se reflejan en tesis universitarias, libros, artículos en revistas especializadas, conferencias y coloquios que se han difundido por toda América. No hay un año en que no se realicen o publiquen estudios sobre su personalidad y su pensamiento. Hay especialistas en Rodó en Estados Unidos, México, Ecuador, República Dominicana, España, Italia, Gran Bretaña, Alemania, Francia, Chile y Argentina. Fue el primer escritor no español que tuvo su propia página en la biblioteca virtual Cervantes.

Señor presidente: esta Asamblea General hizo bien en crear una comisión especial para homenajear a Rodó en el centenario de su fallecimiento. Rodó utilizó la prédica permanente como factor de aproximación, de diálogo y de tolerancia. Fue una persona marcada por los tiempos en que vivió. Perteneció al Partido Colorado. Obviamente, la impronta de Batlle y Ordóñez lo marcó, y de alguna manera los postulados de la revolución saravista y el asesinato del presidente Idiarte Borda también. El Partido Nacional apreció constantemente sus valores. Como es notorio, José Enrique Rodó perteneció siempre al Partido Colorado, militó en él desde su primera juventud. Como dijimos, lo representó en tres legislaturas. Se posicionó claramente en el curso de las principales polémicas internas de esa

colectividad. Nunca claudicó, pero siempre fue una persona de diálogo, particularmente con el Partido Nacional. En la Cámara de Representantes, en plena guerra civil de 1904, Rodó apoya al Gobierno, pero manifiesta que buena parte de las reivindicaciones de la revolución saravista están justificadas y contribuyen positivamente al progreso democrático. Desde ese año en adelante, pugna por la reforma constitucional incorporada a la Paz de Aceguá, que pone fin a esa lucha armada. Obviamente, ese hecho no está exento de polémica, dado que no todos los colorados comparten su tesitura, pero esa actitud lo mostraba muy independiente.

Muchos blancos, muchos nacionalistas profundizaron el legado de Rodó y lo proyectaron a diversos aspectos de la vida y de las aspiraciones nacionales. Gustavo Gallinal fue uno de ellos; otro fue Eduardo Víctor Haedo, quien desde muy joven quedó particularmente catequizado por el pensamiento rodoniano, del cual fue un difusor incansable, tanto en el país como en el exterior. Es importante recordar el discurso que pronunció cuando se inauguró el magnífico monumento que Montevideo le dedica al maestro en 1947. Cuando Eduardo Víctor Haedo imagina y posteriormente construye ese sitio tan especial, que es La Azotea, en Punta del Este, multiplica junto a otros símbolos del cristianismo y del Partido Nacional, la trascendencia histórica de Rodó, a través de distintos artistas plásticos que hacen representaciones de *Ariel*. Incluso, hay un mural estupendo pintado por Glauco Capozzoli: el pequeño teatro griego de la finca La Azotea.

En consecuencia, señor presidente, nos encontramos ante una de las personalidades más influyentes que dio el Uruguay, tanto ideológica como intelectualmente. La de Rodó ha sido considerada la generación *arielista* o generación *de los fundadores*, que habían reaccionado contra el positivismo y planteaban un nuevo camino para el pensamiento filosófico. La admiración que provocó trascendió fronteras y se expandió por toda América y por algunos países de Europa. Fue un escritor, un filósofo y un político que le dejó al país un legado cultural absolutamente trascendente.

Muchas gracias.

(*Aplausos en la sala y en la barra*).

SEÑOR PASQUET.- Pido la palabra.

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor legislador.

SEÑOR PASQUET.- Señor presidente: en el día de hoy rendimos homenaje a la figura de José Enrique Camilo Rodó Piñeyro al cumplirse cien años de su fallecimiento. Al exaltar su figura estamos realizando todo lo que ella significó para la cultura nacional y para toda una etapa de la formación nacional a la que contribuyó decisivamente la generación del 900, de la que Rodó fue,

sin duda, la figura estelar. Alberto Zum Felde, en su libro *Proceso intelectual del Uruguay* dice que Rodó fue, sin disputa posible, la figura culminante de esa generación del 900, que su prestigio era reconocido en Hispanoamérica y que con él solo podía rivalizar en ese sentido Rubén Darío, nada menos que el fundador, la figura principal del modernismo.

Cuando los restos de José Enrique Rodó vuelven a Uruguay desde Palermo —fue una comisión especial a buscarlos expresamente— se los recibe aquí —sigue diciendo Zum Felde— con una gran apoteosis popular: el Ejército rinde honores a su cuerpo, se lo entierra en medio de una explosión del sentimiento popular y se lo encumbra desde entonces y para siempre con el nombre de Maestro de las Juventudes de América.

Un crítico literario y erudito dominicano, Pedro Henríquez Ureña decía, ya en 1905 —habiendo Rodó publicado apenas *Ariel* y un par de cosas más—, que era el mejor estilista de habla hispana. Para dar fundamento a esta afirmación pasaba revista a destacados escritores de América y de España y concluía que Rodó era, por varias virtudes y atributos de su estilo, el mejor de todos ellos. Desde otro ángulo, no desde el punto de vista de la forma, sino del contenido y la sustancia del pensamiento, Arturo Ardao, en un estudio muy profundo y esclarecedor, cita la opinión del filósofo español, José Gaos, quien estudiando los pensadores de América ubicaba a José Enrique Rodó entre los principales, como figura comparable a los grandes de la filosofía de su época; también desarrolló extensamente la fundamentación que justificaba tal afirmación. Esto puede ser novedoso para quienes ven a Rodó solamente como un escritor y ensayista; fue también un pensador de primera categoría, como lo subraya Arturo Ardao, fundamentalmente en el estudio que dedica a la noción de tiempo en la obra de Rodó.

Naturalmente, no me voy a internar en consideraciones literarias ni filosóficas para evocar esta figura. No soy competente para hacerlo y, además, entiendo que, desde este ámbito, desde la Asamblea General no corresponde que tratemos de actuar como si estuviésemos en la academia o en alguna peña literaria. Quiero recordar a José Enrique Rodó y, con él, a la generación del 900 como figura emblemática, según decía al principio, de una etapa muy importante de la formación nacional. Recordemos que Rodó nace en 1871, en pleno siglo XIX —si se quiere, en las postrimerías, en su último tercio— y el Uruguay de entonces —como prácticamente todo el Uruguay del siglo XIX— era turbulento, absolutamente carente de estabilidad política, en que una revolución sucedía a la otra y el derramamiento de sangre consiguiente nos valdría que se nos llamase *La tierra purpúrea*. Es recién a finales de la década de 1870 cuando las cosas empiezan a ordenarse lentamente y va surgiendo un sentimiento de nacionalidad, de patria, que nos concibe y siente como cosa distinta de lo que eran, por supuesto Brasil, pero también la República

Argentina. Y se van produciendo distintos hechos que van marcando este camino.

En el último día de 1877 Juan Manuel Blanes presenta su obra *El juramento de los treinta y tres orientales* al presidente de la república que era, entonces, el dictador Latorre. En enero siguiente –es decir, en enero de 1878– se exhibe la obra para que el público la conozca y las crónicas de la época cuentan que había largas colas de gente que esperaba para subir al estudio de Blanes para ver *El juramento de los treinta y tres orientales*. Tan espectacular fue el impacto que esa obra causó en un sentimiento de patria que estaba aflorando, que conmovió al país e, inclusive, causó conmoción fuera de fronteras. El presidente argentino, Nicolás Avellaneda, pidió que llevaran la obra a Buenos Aires para exhibirla allí. Así se hizo y *El juramento de los treinta y tres orientales* mereció el elogio, nada menos que de Domingo Faustino Sarmiento y de José Hernández, el autor de Martín Fierro, quien escribió algunos versos para celebrar la obra del pintor de la patria.

Al año siguiente, en 1879, se cumple lo que debió haberse hecho en 1875 pero por cosas a las que estamos tan acostumbrados no se realizó en tiempo y se postergó un poco, que fue la inauguración del monumento a la Declaración de la independencia de la Florida de 1825. En esa ocasión, cuando se descubre el monumento, es que Zorrilla de San Martín recita su *Leyenda Patria* –los pormenores del episodio son interesantes, pero no puedo detenerme en ellos– y causa sensación. El premio lo había ganado otro porque su trabajo se había extendido demasiado, pero la persona que lo había recibido se lo entrega a Zorrilla, la gente lo aplaude en un delirio y desde entonces quedó como el poeta de la patria y siguió siempre siendo eso. En esos años hubo una polémica en el Ateneo porque, justamente, la conmemoración de la independencia genera algunas observaciones o reparos de quienes, por un fundamento u otro, entendían que el país no era viable, que esta nacionalidad no tenía destino, y se genera la réplica de varios, entre ellos de José Pedro Ramírez que, en tres conferencias en el Ateneo, sostiene la viabilidad de nuestro destino nacional, para decirlo en términos que emplearíamos hoy. Observa Ardao que desde entonces –ya en 1880– no volvió a discutirse la cuestión de la viabilidad de la nacionalidad oriental. La polémica desgraciadamente volvería a aparecer muchas décadas después en otro contexto histórico absolutamente diferente.

En 1884 se publica *Artigas* de Carlos María Ramírez, que empieza el proceso de recuperación de esa figura tan importante de nuestra historia, hasta entonces calumniada y vilipendiada. Con *Artigas* de Carlos María Ramírez empieza la defensa fundada, estudiada y probada documentalmente de lo que fue la grandeza de quien luego sería reconocido como el prócer de la nacionalidad uruguaya; el proceso culmina cuando en 1923 se instala su estatua en la Plaza Independencia.

El Uruguay en el que nace y va creciendo José Enrique Rodó es ese que se va consolidando, que empieza a justificar su existencia como nación independiente y eso tiene, a su vez, un mojón muy importante en 1904, cuando la batalla de Masoller termina el largo ciclo de las guerras civiles en Uruguay e inaugura una etapa, fundamentalmente de paz, con un Estado, un Gobierno, una ley como cimiento y basamento indispensable de toda obra de civilización posterior, que no demoró en llegar, porque en 1917 tenemos la segunda Constitución nacional, que este año también cumple el primer centenario. Pocos años después tenemos las leyes electorales de 1924 y de 1925, que fueron una coronación de la obra de la Asamblea Constituyente de 1917. El Uruguay, que había sido *La tierra purpúrea* en el siglo XIX, era ya para entonces –1924-1925– un país que se sentía satisfecho del camino andado, orgulloso de sí mismo y miraba con confianza el porvenir. Esto está en el libro del *Centenario de Uruguay 1825-1925* –aquel libraco enorme que debe pesar por lo menos cinco kilos–, que se publicó en 1925, fecha que se eligió convencionalmente como la del centenario de la independencia y que da cuenta de un país que avanzaba en todos los órdenes de la actividad: en el plano demográfico con la inmigración, en el económico y en el institucional. Ese país, satisfecho de lo que era y confiado en el porvenir, tuvo una expresión cultural realmente extraordinaria, brillante, luminosa en esa generación del 900, cuya figura más prestigiosa fue la de José Enrique Rodó. Por supuesto que a su lado había otras figuras de enorme trascendencia, como Carlos Vaz Ferreira, filósofo excepcional de dilatada actuación, que moriría en 1958 a los ochenta y cinco años, pero también novelistas como Carlos Reyles, dramaturgos como Horacio Quiroga, poetas como Julio Herrera y Reissig, Delmira Agustina, María Eugenia Vaz Ferreira, artistas plásticos como Carlos Federico Sáez, Milo Beretta, Pedro Blanes Viale y tantos otros. Una pléyade de figuras que en distintos campos de la cultura brillaron excepcionalmente y demostraron que la joven república uruguaya no solamente vivía para sí, sino que era capaz de alumbrar con sus luces el escenario hispanoamericano. Y Rodó está exactamente en el centro de todo eso.

Comenzó a publicar a finales del siglo XIX con *El que vendrá*, luego *Rubén Darío* y en 1900 da a luz la obra que le valió su gran prestigio: *Ariel*. Después habrá otras: en 1909, *Motivos de Proteo*; en 1913, *El mirador de Próspero*; en 1918, *El camino de Paros*. Las que siguen son, como el propio *El camino de Paros*, publicaciones póstumas. Pero las obras realmente importantes en las que está concentrado el pensamiento rodoniano –sin mengua del valor literario que en su momento tuvo *El que vendrá*– son: *Ariel* y *Motivos de Proteo*. Hay quienes consideran que *Motivos de Proteo* es aún más valioso y más profundo, desde el punto de vista filosófico, que *Ariel* mismo. ¿Qué es lo que hay en *Ariel*? En *Ariel* lo que hay es la exaltación del ideal, porque es el ideal lo que da sentido a la vida. La contraposición se hace con el utilitarismo grosero, aquel que solo busca el aprovecha-

miento material. Es en ese sentido que Rodó contrapone las civilizaciones grecolatinas, cuyos ideales vienen de la Antigüedad clásica, con el utilitarismo que él adscribe a los pueblos anglosajones. Dice que si Inglaterra es el verbo del utilitarismo –estaría pensando, seguramente, en sus grandes filósofos como, por ejemplo, Spencer– los Estados Unidos son la encarnación del verbo. Conviene señalar que, antes de criticar a la sociedad de entonces de Estados Unidos por ese utilitarismo sin ulteriores miras, Rodó hace un extenso elogio de ese país. Dice que para poder criticar lo que él considera criticable primero hay que reconocer todo lo que de bueno han hecho los Estados Unidos. En ese sentido abunda en consideraciones sobre las instituciones democráticas, la libertad, sobre todos esos elementos positivos que habían generado una enorme prosperidad material y avances tan importantes como, por ejemplo, una evolución de la educación pública, de la escuela, como no tenía parangón en parte alguna del mundo. Justamente, de la escuela estadounidense tomarán ejemplo, primero, Sarmiento y, después, José Pedro Varela. La actitud de Rodó no es antiestadounidense, señor presidente; la actitud de Rodó es antiutilitaria, en cuanto el utilitarismo conspire contra la persecución de ideales superiores, pero haciendo la salvedad de que puede ser bien la labor preparatoria que disponga el terreno para ulteriores conquistas del espíritu. Dice Rodó que los pueblos que están en la miseria, que no pueden satisfacer sus necesidades básicas, no pueden tampoco dedicarse a las cuestiones superiores de la civilización. Cierta medida de utilitarismo, de progreso material, es indispensable para que ese otro esfuerzo superior tenga lugar. Él decía que en aquel momento no veía eso en Estados Unidos, que podría complementarse más adelante, pero que en ese presente no lo advertía. Y hacía la salvedad de que la obra no estaba concluida, de que esa sociedad no estaba completa, y dejaba abierta la puerta para una evolución.

No tenemos tiempo para hacer conjeturas de lo que diría Rodó después de haber visto todo el desarrollo del siglo xx. Lo cierto es que en aquel momento criticaba el utilitarismo anglosajón y exaltaba la tradición grecolatina, no por el carácter grecolatino en sí, sino como una expresión de la búsqueda del ideal como sentido orientador de la vida. El idealismo rodoniano no es un idealismo, digamos, gnoseológico; no es el idealismo del obispo de Berkeley; es otra cosa. Es el idealismo en cuanto búsqueda de ideales que orienten, que le den sentido a la vida. Y esos ideales se fundan en valores, los valores superiores como la belleza, la verdad y el bien. Rodó subraya la belleza muy especialmente; hace un hincapié que es digno de tenerse en cuenta. Dice que a veces se desprecia la belleza porque se considera que no es lo que realmente importa. Pero él, al contrario, reivindica para ella un lugar principal y dice que a través de la belleza se conocen mejor el bien y la verdad.

En su libro *Ariel* busca, propone la exaltación de la vida en función de ideales superiores dirigidos a la consecución de valores. Y esos valores de los que habla

Rodó –esto está dicho también expresamente en *Ariel*– no son valores que vengan del más allá, no son valores, digamos, preternaturales; son valores que surgen de la vida. En algún pasaje dice Rodó que *Ariel* es el que está al lado del hombre primitivo cuando empieza a buscar el fuego para alumbrar la caverna. Es decir que los valores de *Ariel*, los valores de Rodó, van surgiendo con la labor humana, con el trabajo humano, con la vida humana, que se va superando gradualmente y va de conquista en conquista hasta elevar el nivel de la civilización. En ese sentido, la suya es una visión immanente de los valores: no los busca en el más allá, no descienden de arriba, sino que surgen de abajo, de la labor humana que los va creando en el esfuerzo y en el trabajo permanentes. Dice Rodó que cada pueblo debe buscar, en su propia identidad, en sus propias características, en sus propias raíces, esos ideales que deben orientar su existencia nacional, su vida colectiva. En ese sentido, es un defensor de ese sentimiento de nacionalidad, de patria, que él no invoca para achicar horizontes, sino para defender la fisonomía propia de cada pueblo, que sentía agredida por lo que llamaba la «nordomanía»: el afán de imitar todo lo que venía del norte.

En su otro libro de enorme importancia, *Motivos de Proteo*, de alguna manera ensaya variaciones sobre este tema porque Proteo es el libro de la vocación, de la personalidad. Con respecto a esto, Rodó dice que el tiempo va haciendo que nuestra personalidad cambie, querámoslo o no, y que en ese cambio, en esa reforma y renovación permanentes consiste la vida. Es aquello de «renovarse es vivir». Lo que dice Rodó es que dado que eso es así, no hay que dejar que las transformaciones ocurran espontáneamente y como al acaso, sino que cada uno debe tomar sobre sí la tarea de conducir los cambios de su propia vida para llevarla a niveles superiores de realización de esos valores a los que siempre se refiere y en torno a los que siempre gira. Cada hombre tiene la responsabilidad de conducir su propia vida, elevándola, superándola, haciendo de ella su tarea principal. Y en esa transformación de la propia personalidad conducida según ideales superiores se va a ir produciendo la emancipación de cada uno; se va a ir produciendo la liberación de cada uno de los vínculos que lo atan, de las imposiciones ajenas, de las sugestiones que lo condicionan. Cada hombre se va emancipando, liberando, en la medida en que busca realizar su propia vocación, que no es otra cosa que el ideal proyectado en la vida concreta de cada uno de nosotros. Hay una armonía manifiesta, señor presidente, en estos elementos: la visión que expresa *Ariel* con los pueblos buscando la elevación de la vida colectiva en la persecución de los grandes ideales y la visión de Proteo, que propone la transformación lúcida, consciente de la propia personalidad para lograr su propia autonomía y su propia emancipación. A mí me parece que son dos notas acordes en una armonía maravillosa que da toda su profundidad y toda su dimensión a este escritor extraordinario que fue figura central de la generación del 900.

Se le reprocha, quizás, a Rodó, su excesivo idealismo, su excesiva elevación. Se señala como una carencia en sus obras que no hay ninguna referencia a la realidad y a sus miserias, tanto del medio en el que él escribía como de Hispanoamérica en general. Sus críticos más lúcidos, a mi juicio, señalan que Rodó no se proponía hacer una obra sociológica, sino que lo que estaba haciendo era proponer ideales. Pero no estaba de ninguna manera lejos de la sociedad en la que vivía. La prueba de ello está en su labor política, en su tarea como parlamentario. Fue elegido diputado por el Partido Colorado cuatro veces. En una de esas legislaturas renunció –porque tenía sus períodos depresivos, como también los tuvo Vaz Ferreira– a la diputación, pero en las otras tres fue elegido y actuó. Hay un voluminoso testimonio de su actuación parlamentaria –a la que hacía referencia hace un rato el señor senador Michelini– y el actor de esa recopilación fue el doctor Jorge Silva Cencio, un viejo funcionario de esta casa que hace muchos años dejó de serlo. En esa labor parlamentaria de Rodó hay una preocupación evidente por los temas sociales, aunque no solo por ellos. Un capítulo de la legislación obrera va a ser recogido después en *El mirador de Próspero*. Y es justo evocar también a Rodó en esta dimensión.

Se dice que en su labor política tuvo enfrentamientos con Batlle; sí, es cierto, los tuvo, naturalmente que sí. No es raro que los pensadores independientes, reacios a la disciplina indispensable en la vida de los partidos, tengan sus enfrentamientos con las autoridades o los líderes de esos partidos. Eduardo Acevedo Díaz, que fue un brillante novelista –el primer novelista uruguayo–, un día tuvo la feliz ocurrencia de no votar por un señor Eduardo Mac Eachen –de quien hoy nadie se acuerda– y de votar por don José Batlle y Ordóñez para la presidencia de la república, por lo cual hasta hoy le tenemos que estar agradecidos, pero eso le significó un enfrentamiento con su partido y el extrañamiento hasta el final de sus días porque murió en Buenos Aires y no quiso volver al país en ninguna circunstancia.

Son cosas que pasan, pero sería injusto comparar la trascendencia y la obra política de don José Batlle y Ordóñez con la trascendencia y la obra política de José Enrique Rodó. Uno era un político, un estadista, y el otro era un literato, un pensador, un estilista, un hombre que le dio brillo al Uruguay desde la cultura. Y tanto ellos como muchos otros –que no sabemos si estaban con Batlle o contra Batlle– contribuyeron para hacer de aquel Uruguay del primer tercio del siglo xx, un país brillante, un país que dejó de ser *La tierra purpúrea* para convertirse en un punto de referencia en América y en el mundo también.

Podemos preguntarnos hoy acerca de la vigencia de José Enrique Rodó. Ha pasado mucho tiempo y los cuestionamientos de esa vigencia o las disquisiciones a su respecto se expresaban ya en los *Cuadernos de Marcha*, cuando celebraban el centenario del nacimiento de Rodó, en 1971, o los cincuenta años de su muerte, en 1967. Por

supuesto que hay cosas que caducan irremisiblemente con el tiempo. En esta época de las redes, de los tuits de ciento cuarenta caracteres, nadie puede negar que la lectura de la prosa rodoniana no es fácil para las juventudes, pero por debajo de la forma y de la palabra están los conceptos. Creo que allí permanecen los conceptos de Rodó con una vigencia reforzada por los tiempos que corren, porque en esta civilización del espectáculo –como la llama Vargas Llosa–, en esta civilización de la frivolidad, de la fugacidad, donde parece que el entretenimiento es lo único que se busca, ¡vaya si tiene importancia y si estremece aún hoy el mensaje de *Ariel*, que reclama que cada cual le dé sentido a su vida buscando la realización de altos ideales! ¿No es eso justamente la antítesis de esta civilización de la frivolidad en la que vivimos?!

Y ese mensaje de Proteo, que llama a cada uno a buscar su vocación y a ahondar en ella hasta realizar su destino personal –porque esa es la mejor manera de servir al conjunto–, ¿no es una respuesta a la preocupación que todos tenemos cuando vemos que no llegamos con la educación a todos aquellos a los que querríamos llegar, cuando vemos que hay tantos jóvenes que se apartan de las aulas, cuando vemos que a veces parece que no hubiera otro entretenimiento más que el celular ni otra lectura adecuada más que la que provee entretenimiento circunstancial?

Creo que los mensajes de Rodó, condensados en esos libros magníficos, mantienen hoy plena vigencia y nuestra tarea es la de encontrar nuevos medios, nuevos vehículos, nuevos caminos para que esos mensajes del idealismo de siempre, del idealismo fundado en valores, en los valores que crean los hombres, que encontramos en nuestras propias obras, trasciendan e iluminen con su luz a las nuevas generaciones.

Han pasado cien años, pero la potente vibración del espíritu de José Enrique Rodó sigue llegando con sus ondas hasta nosotros y nos impulsa a seguir, como si fuese una prolongación de la última lección de Próspero que llama a cada uno a buscar los ideales que han de orientar su vida.

Muchas gracias.

(*Aplausos en la sala y en la barra*).

SEÑOR PRESIDENTE.- Continuando con la lista de oradores, tiene la palabra el señor legislador Radío.

SEÑOR RADÍO.- Señor presidente: cuando José Enrique Rodó llegó por primera vez a esta casa, ya había sido aclamado por los mayores pensadores, escritores y estudiosos de su época. Tenía treinta años, durante los cuales se habían ido modelando la personalidad, el pensamiento, el temperamento y el carácter de un hombre multifacético. Era un pensador, un escritor, un crítico, un hombre público, un político, un legislador y, paralelamente, una persona particularmente tímida, retraída y

tal vez un alma atormentada por cómo había impactado en él la inestabilidad tan propia de una época en la que estaba cambiando la manera de pensar y de concebir la existencia, así como por lo turbulento de las formas, por cómo algunos de esos cambios se fueron procesando bajo el signo de la violencia.

Este es el desafío —no estoy seguro de si estamos preparados para asumirlo cabalmente—: hacernos cargo de la herencia de José Enrique Rodó —multifacético, con todas sus dimensiones— y no permitir de ninguna manera que la exaltación de su grillo como gran estilista desmerezca su rol de hombre público comprometido con su tiempo.

¡Nada más lejos de la verdad acerca de José Enrique Rodó que la imagen del tipo abstraído de la realidad y de su tiempo, que a veces se nos ha transmitido! ¡Nada más lejos de la verdad acerca de José Enrique Rodó que aquel personaje casi ensimismado, que se dedica a escribir parábolas y permanece ajeno al acontecer de los días! Rodó fue un hombre de pensamiento y de acción intransigente en defensa de la democracia y de la república, con una capacidad y una valentía que le permitieron enfrentar aquellas concepciones hegemónicas en su tiempo sin medir los costos, que fueron altísimos, pero que lo rescatan de la historia como un hombre honorable y cuyo testimonio podría avergonzar a muchos de los que hoy son propensos al cálculo o a la adhesión casi automática de lo políticamente esperable.

Podríamos citar varios ejemplos. La defensa de la rotación de partidos en el ejercicio del gobierno, por ejemplo, no era un planteo esperable hacia principios del siglo pasado, donde todo parecía transcurrir por la descalificación, particularmente de parte de quienes se atribuían el monopolio de la sensibilidad social y reclamaban, para consagrarla, la necesidad del exclusivismo político.

Rodó, orgulloso militante colorado desde su juventud, no quería para nuestro país, ni aun para su propio partido, la ignominia de la consolidación de un partido institucional hegemónico. Eso era remar a contracorriente.

Rodó, favorable al parlamentarismo y a las garantías del sufragio, nos dejó, además, el imprescindible testimonio de un diputado colorado de principios del siglo xx —del que el Partido Colorado puede estar orgulloso—, que cuando estalló la Guerra Civil hizo expresa su amargura y su incompreensión por los procedimientos, pero al mismo tiempo reclamó el respeto por los adversarios aun cuando la bruma de la guerra hacía confusa la diferenciación entre adversarios y enemigos.

Demócrata insoportable, rechazó el levantamiento armado aun cuando paralelamente reconoció las razones de los adversarios, y mantuvo esta línea de conducta y de pensamiento a contramano de su tiempo.

Defensor acérrimo del liberalismo, denunció la falsa identidad de quienes solo se proclamaban liberales, pero paralelamente pretendían ser depositarios últimos y exclusivos del monopolio de la razón. Fue un pensador que en cualquier caso estaba ubicado fuera de la Iglesia y que, sin embargo, defendió la cruz como un símbolo de la esperanza.

Por otra parte, Rodó, el pensador universal, el que se permitió leer la historia, aun desde la Antigüedad, con ojos hispanos, miró y pensó el transcurrir de la humanidad desde Hispanoamérica, un posicionamiento que hoy, a nuestros ojos, también parecería perimido y que lo transforma en un personaje aún más complejo y enigmático. La porfiada reivindicación de lo hispanoamericano transformó a Rodó en un personaje al mismo tiempo universal y extemporáneo. Un latinoamericanismo que no se sustanció en contra de nada, sino que reclamaba un patrimonio cultural hispano que no había logrado trascender la frontera de la ruptura política y demandaba el aporte cultural de la tradición hispánica. Pero fundamentalmente Rodó se negó a la visión simplista que oponía la modernidad a la adhesión a las tradiciones, a la visión simplista de quienes soñaron la modernidad exclusivamente en inglés o en francés. Y su antiimperialismo manifiesto, que lo llevó a rechazar el expansionismo de los Estados Unidos, no le impidió reconocer —como señalaba el señor legislador Pasquet— en la sociedad norteamericana el valor de una comunidad en perpetuo aprendizaje democrático.

Los días 28 y 29 de febrero de 1920 una multitud se volcó a las calles para recibir los restos del autor de *Ariel*, traídos desde Italia en el vapor *Principessa Mafalda*. José Enrique Rodó había muerto el 1.º de Mayo de 1917 —ayer hizo exactamente cien años—, y se le rindieron grandes honores.

¿Es así como queremos hacerlo presente, recordado en episódicos homenajes, algunos multitudinarios y otros más o menos convocantes? ¿Es Rodó un escritor muerto o todavía nos dice algo? ¡¿No queremos que nos diga nada su exilio, concretado aun antes de su partida?! La española Belén Castro lo había definido como «un exiliado en su patria». ¡¿No queremos que nos diga nada desde su soledad en Palermo, el que enfermó y murió pobre y solo?! Ese final también dice cosas de Rodó y de nosotros mismos.

El escritor merecedor del mármol tiene fecha de vencimiento en el orillo y es candidato al homenaje espasmódico. ¡Es preciso rescatar a Rodó del estilista, del literato del gran estilo y del prestidigitador de la palabra! Me decía José Rilla que cuando ponemos el énfasis exclusivamente en el gran escritor tan pulido, es porque ya le hemos pulido también las aristas más profundas y vigentes. ¡Es muy práctico encerrarlo en una medalla para liberarnos de los compromisos que nos impone si lo tomamos en serio, para no tener que resolver sus dilemas, porque hemos de saber que Rodó tiene una sustancia que no ha perimido!

¡Está claro que Rodó no ha escrito para estar de moda! Rodó es difícil. La convocatoria, por ejemplo, a la transformación personal, a ser los alfareros de nosotros mismos, a la conquista de nuestro propio ser que hace José Enrique Rodó en *Motivos de Proteo*—un verdadero ensayo de filosofía moral—, no hace concesiones a una sociedad que parece más afecta a los manuales de autoayuda. *Motivos de Proteo*, una obra vital y optimista—probablemente el gran libro de Rodó— fue, sin embargo, escrito en uno de sus recurrentes episodios depresivos.

¿No queremos que nos diga nada Rodó, el hombre perturbado en su subjetividad y sin embargo atento a lo que pasaba en el mundo?! Rodó es difícil y cuesta trabajo, particularmente a aquellos que son afectos a los análisis cuadriculados porque no les cabe en ninguno de los esquemas prefabricados.

No ha de ser sencillo clasificar a Rodó, que fue un hombre de cambio, pero sin ataduras a los preconceptos del cambio, aun a los de su tiempo.

¡Nada hay, por ejemplo, más lejano al facilismo y a la demagogia que la convocatoria al idealismo y al espiritismo rodoniano!

Romeo Pérez ha dicho que Rodó no solo ha escrito que renovarse es vivir, sino que vivía renovándose. Y alguien ha llegado a pensar que, en realidad, desde aquella constatación de Heráclito de que no podemos bañarnos dos veces en el mismo río, o de que lo único permanente en el cambio es el cambio mismo, vivir es tener la capacidad de persistir, de sobrevivir a las renovaciones. Y José Enrique Rodó, que a pesar del aislamiento y el ostracismo ha sorteado la gran última renovación, que es la muerte, habrá de vivir para siempre.

Gracias, señor presidente.

(Aplausos en la sala y en la barra).

SEÑOR PRESIDENTE.- Continuando con la lista de oradores, tiene la palabra el señor legislador Malán.

SEÑOR MALÁN.- Señor presidente: en primer lugar, un saludo a las autoridades presentes, a la Sociedad Rodoniana y al público que nos acompaña. También quiero agradecer esta sesión especial y extraordinaria en homenaje a José Enrique Rodó porque nos ha permitido profundizar en su obra y, con ello, descubrir varias facetas de esta persona, de la que todo el Uruguay debe enorgullecerse.

Voy a centrar mi exposición en cuatro aspectos: breves datos biográficos, su concepción latinoamericanista, su visión del trabajo y su aporte al ser humano. Antes de comenzar con este desarrollo, creo oportuno resaltar que siempre es importante recordar ilustres hombres e ilustres mujeres que han construido el Uruguay. No lo hacemos con el afán

erudito de decir «Sé de ellos algo» o «Lo aportó», sino con el ferviente deseo—en mi caso es así— de traerlos a la memoria para considerar su vigencia y su aporte en cuestiones de actualidad, porque conocer ese aporte nos ayuda a entender y a proyectarnos en nuestros días.

José Enrique Rodó nació en Montevideo el 15 de julio de 1871. Era el hijo menor de seis hermanos y se educó en la escuela Elbio Fernández, primera escuela laica en nuestro país. Como ya se dijo, a los catorce años debe ingresar al mundo del trabajo tras la muerte de su padre. Vivió en un tiempo de grandes personalidades, tanto políticas como literarias, etcétera. Recordemos que, junto con otros destacados, integró lo que se llamó la generación del 900, conformada por hombres y mujeres, muchos de ellos autodidactas. Se destacan, por su nivel literario y resonancia pública, nueve de ellos: Vaz Ferreira, Florencio Sánchez, Carlos Reyles, Javier de Viana, Horacio Quiroga, Herrera y Reissig, Eugenia Vaz Ferreira, Delmira Agustini y, por supuesto, Rodó. En un segundo plano figuran otros escritores, también de la generación del 900, aunque no con tal destaque en las letras. Entre ellos estaba don Emilio Frugoni, que en 1910 fundó el Partido Socialista y a quien Rodó escribiera prólogos para algunas de sus obras.

Luego de una intensa vida de aportes a lo social, a la juventud, a las letras, al periodismo y a la política, Rodó fallece el 1.º de Mayo de 1917 en Palermo, Italia, a pocos días de cumplir cuarenta y seis años. Sus restos—como también ya se dijo— fueron repatriados por el Gobierno uruguayo en 1920.

Cabe destacar que, a siete años de su muerte, un grupo de vecinos de la estación de trenes Drabble, en el departamento de Soriano, convoca y hace una movida en la zona para que ese pueblo pase a llamarse José Enrique Rodó, cosa que se concreta por una ley aprobada por este Parlamento. Más allá de la anécdota, esto demuestra que en el interior profundo de nuestra patria también se conocía y se veneraba la figura de Rodó.

Entrando en temas conceptuales, quiero recordar que Rodó hizo aportes en distintas temáticas. En su vida abordó diversos temas—como los jornales obreros, el problema del indio, la matanza de revolucionarios en Quito, el caciquismo, la corrupción, la laicidad, la democracia, la educación y la cultura—, pero como ya adelanté, solo voy a referirme a su abordaje de algunos de ellos, comenzando por su visión latinoamericanista.

Rodó creía que en América, después de analizar la situación que se vivía, había que empezar un proceso de largo aliento para satisfacer las necesidades del hombre americano. Por supuesto que se refería a las necesidades materiales, pero también a las espirituales. ¿A qué se refería con esto último? Él veía cierto silencio o indiferencia que desalentaba todo propósito de superación en los americanos. Entonces, pugnaba por enseñar una

conciencia capaz de enfrentar, con perseverancia, los peligros que acechaban. Trata de favorecer una moral o un proyecto de ser humano hecho de fe, tolerancia y confianza en la capacidad humana de autodeterminarse y de superarse. Claramente lo percibía, no como un problema inmediato, sino con una perspectiva amplia y de vasta complejidad. Se propuso entonces contribuir a la formación y a la orientación de una conciencia americana. Escribir era una misión, y hablar a la juventud, una empresa sagrada.

En aquellos tiempos, la intervención de Estados Unidos en Cuba provoca en él y en sus amigos una gran conmoción. La convocatoria a elecciones en Cuba bajo el control de Estados Unidos luego de que España perdiera el dominio sobre la isla, llevó a Rodó a decir: «Queríamos y anhelábamos la libertad de Cuba. [...] Pero deseábamos, a la par, que esa libertad fuera conquistada, como había sido conquistada la de toda Sudamérica, por los hijos de la nación sojuzgada y, a lo sumo, con el concurso de pueblos hermanos. Un nuevo Bolívar nos hubiera llenado de orgullo. Pero lo que no admitimos en ningún modo era la intervención de Norteamérica. [...] ¿Qué tenía que ver esa nación extraña en la contienda de los pueblos de otra raza? ¿Qué tenía que inmiscuirse en algo que para nosotros era un “asunto de familia”? Cuba libre, sí; pero no por el favor o el interés de Norteamérica». Incluso, en un comentario verbal a Pérez Petit llega a vislumbrar a Estados Unidos como nuestro futuro peligro.

En otra oportunidad, Estados Unidos había puesto a consideración de los representantes diplomáticos de las naciones latinoamericanas la conveniencia continental de una intervención conjunta en la situación interna de México, y Rodó dice en 1915 a *El Telégrafo* lo siguiente: «Toda intervención extranjera en asuntos internos de un Estado soberano, debe excluirse y repudiarse con resuelta energía, haciendo de esa exclusión uno de los fundamentos esenciales de toda política internacional americana. Aceptar transacciones o condescendencias en la aplicación de ese principio, significaría un gravísimo precedente, que, más que a nadie, debería alarmar a las naciones de escasa extensión territorial, condenadas –si ese criterio quedase autorizado–, a la afrenta de las intervenciones de afuera».

Si bien no se sorprende de la política de Estados Unidos, le llama la atención lo siguiente y expresa: «Pero que todo eso vaya a continuar y completarse con el asentimiento expreso y la colaboración complaciente de los propios pueblos de la América Latina, es una aberración que jamás podría disculparse».

Como se ve, la voz de Rodó fue una de las primeras que se alzó y se escuchó reivindicando la común raíz latina de los pueblos americanos y una de las primeras en relevar la posibilidad de oponer al poderoso del norte todo un frente de naciones unidas por la herencia, el idioma y el pasado común. Fomentar el sentimiento hispanoameri-

cano, arraigar en la conciencia la idea de América nuestra, como fuerza común, como alma indivisible, como patria única, fueron algunos de sus desvelos.

Mirando hoy, cien años después, la realidad de América Latina, los posicionamientos de los países, ¡vaya si seguirá teniendo vigencia su pensamiento, su denuncia, su propuesta y su lucha!

En otro orden, se vio preocupado y ocupado por los temas del trabajo obrero en el Uruguay. Como integrante de la Comisión de Trabajo, los dos informes medulares sobre temas de la legislación del trabajo y de la seguridad social estudiados en su legislatura lo encontraron haciendo importantes aportes sobre el horario obrero –cuya redacción le pertenece– y los accidentes de trabajo. Es de destacar que el informe sobre el proyecto de ley del horario obrero será el único de sus trabajos parlamentarios que Rodó incluirá, con pequeñas modificaciones y adaptaciones, en 1913, en su libro *El Mirador de Próspero*, bajo el título «Del trabajo obrero en el Uruguay». En el informe establecía la necesidad de una ley reguladora de los derechos que debe tener el obrero, en caso de accidente. El legislador no debe cruzarse de brazos y dejar librada su solución a disposiciones que no dan cabida a las nuevas relaciones que el progreso ha creado. Establece una suerte de evolución o necesidad de actualización en cuanto a la legislación, ya que a su entender el código sobre dominio y sus atributos está mirado desde la defensa del patrimonio y se ha colocado por sobre la defensa de la persona. Habla, asimismo, de que la ley debe consagrar hechos que revelen un fenómeno económico social, establece el criterio de responsabilidad social, etcétera.

Su pensamiento es de avanzada y su vigencia notable podemos evidenciarla en aquella sentencia que plasma su sentir: «El trabajador aislado es el instrumento de fines ajenos; el trabajador asociado es dueño y señor de su destino».

Por último, quisiera compartir esa visión del ser humano, esas ansias por ese hombre nuevo, esa búsqueda de una configuración ética del ser humano con que Rodó nos sigue desafiando, ya que no escribió ni habló para el siglo pasado ni para las circunstancias puntuales de su tiempo, sino que habló y escribió para siempre. Sus conceptos son cada vez más actuales y necesarios a medida que la civilización habla de evolucionar y de avanzar. El utilitarismo, la solución fugaz de los progresos materiales, el inmediateismo de nuestras necesidades, la precariedad de las relaciones y el consumo alienante, son conquistas, pero una vez obtenidas producen un vacío espiritual contradictorio con el bienestar que se busca.

Rodó plantea un ideal de desinterés y optimismo, de espiritualidad y tolerancia, no porque desprecie las realidades materiales y económicas, sino porque sabe que el conflicto esencial que nos salva o no como seres humanos pasa por la voluntad de superarnos y de perfec-

cionarnos. La originalidad como fruto de un espíritu de comprensiva universalidad, la tolerancia y la curiosidad, el estudio y la simpatía hacia toda manifestación que resaltara valores humanos, fueron virtudes que nunca dejó de cultivar.

Ahora, ¿cómo lo conocemos? ¿Cómo podemos acceder a su pensamiento en nuestros días? La respuesta la da él mismo: un libro que se escribe, o es un papel vano o es un alma que teje con su propia sustancia su capullo. Es en sus obras que vemos el alma del autor.

En esta hora en que América ve perder su unidad, en que el ser humano se afana en su individualismo egoísta y materialista, donde la carrera por el tener se hace vertiginosa, esa alma de Rodó como algo que desciende de lo alto, se hace presente como faro marcando un rumbo distinto que satisface y plenifica al ser. Dice Rodó: «El vacío de nuestras almas solo puede ser llenado por un grande amor, por un grande entusiasmo».

Quizás, si logramos, como generación, dejarle a la que viene la consigna de que debe empezar a trabajar desde su interioridad, si reivindicamos utopías, desafíos y esperanzas, lograremos una América fuerte y unida y, por supuesto, un Uruguay integrado a ella. Será un mundo distinto; no cabe dudas.

Termino con una sentencia de una de sus obras que, como decía, nos permite llegar al alma, a la esencia de sus luchas y sus anhelos. Próspero, el maestro, les dice a sus alumnos en la despedida: «No aspiraréis, en lo inmediato, a la consagración de la victoria definitiva, sino a procuraros mejores condiciones de lucha». Esta frase de *Ariel*, leída hoy, en tiempos inmediateistas, de una cultura del ya, en mi opinión sintetiza el desafío constante de perfeccionarnos y vislumbrar la meta, pero en constante avance hacia ella: la lucha de la humanidad, una y otra vez, por dejar una sociedad mejor. Desafío de enorme riqueza, potente espiritualidad humanista, legado que nos dejó este ilustre ciudadano, don José Enrique Rodó.

Muchas gracias.

(Aplausos en la sala y en la barra).

SEÑOR PRESIDENTE.- Para culminar el homenaje, tiene la palabra la señora legisladora Bianchi.

SEÑORA BIANCHI.- Señor presidente: a esta altura del homenaje y agradeciendo a las personalidades presentes, antes que nada debo decir que tengo dos problemas; son pocos. El primero de ellos es saber si quedé en último lugar por ser mujer –tranquilos, no soy feminista–, y el otro es qué puedo decir distinto a todo lo que se ha dicho hasta ahora. Trataré de abordar el tema con la seriedad que corresponde para recuperar una de las figuras que realmente el Uruguay no valoró como era debido.

Para abordar la figura de Rodó se necesita hacerlo de manera profunda y con concepciones universales desde su querido país, como lo hizo él. Hay dos personajes históricos que pueden ayudarnos en este abordaje: uno universal, Fray Luis de León –diría, como él después de pasar por la Inquisición: «Como decíamos ayer»–, y un oriental, Juan Antonio Lavalleja: «La historia la escriben los vencedores», pero no es para siempre; por eso hoy estamos acá considerando a Rodó, vigente y vivo.

La obra y el pensamiento de Rodó no quedaron inconclusos; murió maduro para su época, más de cuarenta años, lejos y solo, pero dejó sentados principios fundamentales que hoy Uruguay e Hispanoamérica tenemos pendientes. Obsérvese que digo Hispanoamérica y no Latinoamérica por ser el primer concepto más ajustado al pensamiento de Rodó. Él tiene suficiente vigencia como para no traer conceptos que él no manejó, o lo hizo en sentido contrario.

Lo dicho anteriormente tiene que ver con un Rodó liberal, sin extremos y comprensivo de todas las opiniones, incluso aquellas opuestas a la suya. Si hay algo que Rodó nunca fue –a pesar de las concepciones de la historia oficial– es conservador; por el contrario, pensó en un mundo con proyección de cambio, a futuro. Escribió desde la aldea, pero no se quedó en la aldea. Se enfrentó al poder hegemónico de José Batlle y Ordóñez, lo que le costó mucho a nivel personal y como pensador; no obstante, lo votó como presidente de la república desde su banca de diputado, tanto en 1903 como en 1911. Como todos sabemos, la Constitución vigente en ese momento establecía elección a segundo grado; por lo tanto, era la Asamblea General la que elegía al presidente. Lo enfrentó lealmente, prestándole su apoyo, pero tratando de hacerle entender que los revolucionarios de 1904 querían la pureza del sufragio y que el colegiado no podía ser el reducto de un solo partido o de un solo sector de un solo partido. Esto explica, en gran parte, por qué en el Uruguay es tan poco conocido y se estudia tan poco en la educación formal. Sin embargo, es el autor uruguayo más editado en el país e internacionalmente.

Le dio mucha importancia al individuo, al sujeto, pero no se preguntó solamente «¿Quién soy?», sino «¿Quiénes somos?» y buscó siempre las causas de lo que él consideraba el fracaso de Hispanoamérica, yendo a lo profundo. Estudió a los griegos, estudió a los romanos, que son nada menos que los creadores de la democracia y de la república; estudió a los fundadores de los Estados Unidos, a pesar de advertirnos desde el principio del siglo xx del riesgo que este país tenía para Hispanoamérica por un poder que seguramente él imaginó y hoy tiene. Buscó y encontró los aportes de los padres fundadores de los Estados Unidos, grandes inspiradores de José Gervasio Artigas, por otra parte.

¿Qué tenemos que recoger hoy? Esa es la gran pregunta que debemos hacernos; de lo contrario, no estaríamos todos acá, empujados por la sociedad civil e inspirados por la Sociedad Rodoniana. Toda la clase política se ha puesto de acuerdo: organismos públicos, nacionales y municipales. Insisto, qué tenemos que recoger hoy —como si de un largo paréntesis se tratara— del pensamiento de Rodó. En primer lugar, las causas de la postergación de nuestro continente, sobre todo del sur, no responsabilizando solamente la actitud hegemónica de los Estados Unidos, sino buscando en nuestros propios errores las fortalezas para revertir una larga historia de proyectos fallidos. Para Rodó, el error que nos está costando mucho, a cien años de su muerte —y esto él ya lo había visto claramente—, se cometió al momento de la independencia, al momento de romper con la Corona española. Es bueno recordar una frase de un ensayo periodístico publicado en la prensa en enero de 1915, que hace referencia a esta situación y lo dice de una manera muy dura, sobre todo para los poderes de la época: «Esa obra de asimilación violenta y angustiosa fue y continúa siendo aún el problema, el magno problema de la organización hispanoamericana. De ella procede nuestro permanente desasosiego, lo efímero y precario de nuestras funciones políticas, el superficial arraigo de nuestra cultura». Y ubica la responsabilidad de esto en lo que él llama las oligarquías criollas —hoy tal vez le diríamos la maldición de Malinche—, que actuaron en contra de los propios libertadores, buscando solamente su interés económico y de privilegio que la Corona española les había cercenado. No es casual que todos nuestros libertadores, Artigas, San Martín y Bolívar, murieran en la pobreza, el olvido o directamente en el exilio. ¿Acaso no le pasó lo mismo a Rodó?

Nosotros tuvimos durante casi un siglo el peso de la leyenda negra sobre la imagen de Artigas. Hubo que esperar hasta fines del siglo XIX para reivindicarlo, por razones políticas de creación del Estado. Fue recién a mediados del siglo XX, con la fundación de la historiografía científica, de la mano del profesor Juan Pivel Devoto, que pudimos descubrir su verdadera obra, rescatando los mejores documentos del prócer de la voluntad sistemática de su destrucción. ¡¿Qué no iban a hacer con Rodó?!

Rodó fue un gran pensador y también fue un gran literato. Formó parte de la generación del 900 y no voy a reiterar todo lo que ya dijeron ni remitirme a su biografía. Fue un hombre de acción, un gran parlamentario, que se preocupó por los temas obreros, cuando en esos momentos y todavía hoy —no por parte de quienes estudiamos la historia en forma científica, sino para quienes muchas veces se quieren servir de ella— parece que fuera fundacional.

Preferimos detenernos en la educación, porque él fue un educador primero que nada. Pasamos así al segundo aspecto fundamental de lo que tenemos que recoger hoy del pensamiento de Rodó, para evitar —como decía mi colega, el legislador Radío— convertirlo en una estatua de

bronce y mucho menos encerrado en una moneda. Me refiero a sus aportes a la educación. La obra de José Enrique Rodó ha sido una referencia durante lo más encumbrado de la tradición educativa del Uruguay y no renuncio a la esperanza —insisto, no renuncio a la esperanza— de que la transmisión de su obra permanezca viva, porque engendra —en el acuerdo o en la discrepancia— principios fundamentales para la formación y el desarrollo del hombre. Su obra es mucho más que una narración prolija o un ensayo profundo, siempre con una sintaxis impecable, medida y cuidada, que hace de sus textos un producto poético. Su obra, señor presidente, es también mucho más que un simple planteamiento ideológico en relación con el concepto de hombre de sociedad. Su obra es, sin lugar a dudas, una expresión universal y fiel a los ideales humanistas de tolerancia, de esperanza y de libertad que se enraizaron en la idiosincrasia de la nación durante la primera mitad del siglo XX. Me refiero a un país que acogía a inmigrantes y que, desde el punto de vista económico, crecía gracias a las circunstancias mundiales, en especial las europeas. Sin embargo, esto no influyó en Rodó para una visión reduccionista del mundo, centrada en el economicismo como principio para la construcción de un modelo del hombre. Por el contrario, apeló a lo más profundo del ser. Su obra transita por las dimensiones humanas más complejas; apela a sus sentimientos y a sus ideas para plasmar un nuevo hombre —¿les suena lo del hombre nuevo?— pleno o nuevo más allá de las fronteras y, fundamentalmente, libre.

Es un imperativo personal acudir a *Ariel* y velozmente recoger el mensaje del encumbrado profesor creado por el autor. Todos sabemos que la educación es una cuestión de procesos. En la actualidad, conceptos como «evaluación de procesos» o «procesuales», «evaluación auténtica» y «formativa en el proceso» constituye un común denominador en los discursos de los educadores; hace más de treinta años que estamos repitiendo lo mismo. No obstante, cuando accedo a las primeras líneas de *Ariel*, reconozco y destaco el valor del mensaje educativo. Con plenitud ética y estética durante el proceso, la palabra del maestro es un momento terminal, tiene sentido porque hubo antes un camino sembrado.

En otras palabras, el trabajo del educador fue altamente significativo para los discípulos y el fin es el momento sublime. En esas circunstancias nada es casual, como en el pasaje de Próspero o Ariel, con un anclaje de seguridad que garantiza la autoridad moral de quien emite y de lo que emite. Es decir que la despedida o el fin del contrato didáctico, no se simplifican en un ambiente festivo, sino en un festejo comunicativo de valores; eso es lo que nos trasmite José Enrique Rodó en educación: la palabra como goce estético y filosófico. El profesor debe ser una expresión o un modelo de valores apoyado en la distancia pedagógica que generan los años, el estudio, la sabiduría y el respeto, naturalmente formulados por la conciencia de los roles, que dan certezas ante los argumentos de autoridad, sin renunciar a esa capacidad

de dar. Por eso, la creación humana constituye en aquella escena de naturaleza educativa una necesidad ineludible, porque el hombre crea para ser comprendido. Dice Rodó: «Dominaba en la sala —como numen de su ambiente sereno— un bronce primoroso, que figuraba al Ariel de *La tempestad*».

En un siglo XXI en el que la palabra oral o escrita tantas veces queda desequilibrada ante vicisitudes e intereses mundanos, rescato a ese profesor que invoca a Ariel, no invoca a ningún dios, se refiere a un símbolo que está allí, a su lado, acaso como un dios, para consagrar la palabra, porque «hablar a la juventud sobre nobles y elevados motivos, cualesquiera que sean, es un género de oratoria sagrada». He aquí un detalle que no puede pasar inadvertido: la palabra como cuestión sagrada. Pero la palabra también es una simiente, que en la juventud se transforma en vegetación. Quizás esta imagen sea una de las más hermosas para entender qué función cumple el docente y, en la actualidad, comprender por qué un Estado necesita de un docente formado y con valores que den confianza a la juventud. El vegetal crece enhiesto buscando, aunque también corre el riesgo de quebrarse. Rodó en el *Ariel* y en otras obras confía en el esfuerzo de la juventud, cree en el mensaje del maestro, siente que la juventud puede superar al maestro, porque tiene fe y porque la juventud es una fuerza y un tesoro; exhorta a amar esa fuerza y ese tesoro.

Recordar a Rodó significa rescatar de nuestra memoria el interés del pensador y el entusiasmo del artista, porque cuando la mente y el pensamiento se desarrollan, ocurre el encuentro de una generación con su propio futuro; ese es el valor del presente en conjunción con el futuro. La metáfora de la juventud, como simiente y vegetación, no se restringe a la etapa etaria de la juventud. La formación del joven, como ya dije, es el camino para el porvenir, pero los pueblos también son como una vegetación, mejor dicho, los grandes pueblos deberían ser como una vegetación. La vegetación es vida y esa vida es el resultado del cuidado y del atesoramiento de la simiente. Si la vida no transcurre en estos senderos, lo humano no tendría resultado duradero. Una sociedad puede desaparecer materialmente, pero su melodía no tiene por qué morir «como las visiones personales del sueño, no merecen contarse en el encadenamiento de los hechos que forman la trama activa de la vida».

Reproduzco por su intensidad y vigencia las palabras del maestro: «Todo aquel que se consagre a propagar y defender, en la América contemporánea,» —estaba hablando a principios del siglo XX— «un ideal desinteresado del espíritu —arte, ciencia, moral, sinceridad religiosa, política de ideas— debe educar su voluntad en el culto perseverante del porvenir». Tiene el convencimiento de que el pasado fue de lucha y que el presente tiene por objetivo trabajar y construir para que en el futuro el individuo goce del «desenvolvimiento de superiores facultades del alma, la

estabilidad, el escenario y el ambiente». *Carpe diem*. No esperemos a mañana, es hoy.

No es posible perder las esperanzas de construir una obra más allá del horizonte visible. El trabajo no admite impaciencias. Hay un porvenir desconocido. Confiemos en predisponer el alma hacia ese porvenir para mantener la esperanza de alcanzar «la contemplación de la obra consumada». Palabras de Rodó.

Para el maestro, la vida no se construye solo con la creación y la razón. El hombre también produce juicios severos porque también genera adversarios. No obstante, el tratamiento que en el otro exige la formalidad caballeresca de un saludo, en definitiva, desconocer sus defectos, no parecería tan insensato como negar sus cualidades.

Terminando esta exposición, señalo que el culto hacia el futuro de América implica estos principios que deben estar asociados a la voluntad humana, la que tampoco está ajena a la educación. Hay que educar la voluntad. El espacio y el tiempo condicionan al hombre, pero este es capaz de adaptarse a las condiciones más distantes en pos de la construcción de su porvenir.

La vigencia de las ideas rodonianas que emanan de la obra en general y particularmente de la que me he hecho eco, no pueden soslayar un concepto fundamental: el del trabajo. El maestro, como creación de Rodó, habla de la grandeza y el poder del trabajo. Lo considera una fuerza bendita que debe ser identificada «con la más alta expresión de la dignidad humana». La inacción es un oprobio. Fuerza, tenacidad, perseverancia, son algunas de las características humanas que permiten avanzar para conquistar la vida.

Próspero habló; sus discípulos lo saludaron; hubo silencio; un rayo de luz atravesó la estancia; todos meditaban; llegó la noche; los astros centellaban y el más joven de los discípulos habló: «Mientras la muchedumbre pasa, yo observo que, aunque ella no mira al cielo, el cielo la mira. Sobre su masa indiferente y oscura, como tierra del surco, algo descende de lo alto. La vibración de las estrellas se parece al movimiento de unas manos de sembrador».

Vuelvo a lo que dije al principio: gracias a quienes con mucho sacrificio y humildad en el Uruguay mantienen vivo el pensamiento de Rodó. Gracias a los pensadores del mundo que lo proyectan mucho más que nosotros y, por favor: ¡Rodó tiene que estar en la columna vertebral de la cultura uruguaya y de la educación formal y no formal, en consecuencia! Estamos a tiempo y lo necesitamos mucho.

Gracias, señor presidente.

(*Aplausos en la sala y en la barra*).

6) LEVANTAMIENTO DE LA SESIÓN

los señores representantes de las Fuerzas Armadas y a los representantes del cuerpo diplomático.

SEÑOR PRESIDENTE.- Hemos culminado este homenaje. Agradezco a todas las personalidades que nos acompañaron, a la Sociedad Rodoniana, al expresidente, a

Se levanta la sesión.

(Así se hace. Son las 15:59).

RAÚL SENDIC
Presidente

Virginia Ortiz
Secretaria

Hebert Paguas
Secretario

Adriana Carissimi Canzani
Directora general del Cuerpo de Taquígrafos
de la Cámara de Senadores

Corrección y control
División Diario de Sesiones del Senado

Diseño e impresión
División Imprenta del Senado